



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 9 MARZO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Bocajarro, estrepitoso

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Caminábamos sobre Avenida Nuevo León, en la colonia Condesa de hace algunos años. Habíamos tomado un café por ahí cerca. Hablamos sobre planes de negocio para la empresa de ella, un emprendimiento de productos de belleza: cremas para la piel, principalmente. Luego de un par de horas, nos levantamos para caminar rumbo al sur. En el deambular, encontramos un bazar de negocios pequeños. Dimos una vuelta por los pasillos y nos topamos con una marca que vendía productos del giro cosmético. Compramos un par de pomadas de caridad. Salimos a la calle. “¿Quieres ir a tomar una copa de vino a mi departamento?”, le pregunté a Gala. Para mi sorpresa, aceptó. Llevábamos dos o tres fines de semana saliendo. No habíamos hecho el amor. Era muy atractiva, nueve años menor que yo y muy decidida. Tomamos un taxi que nos dejó kilómetro y medio más adelante, sobre Avenida División del Norte.

Abrió la puerta del departamento y apareció la pequeña sala: mi piano negro junto a una pared, libreros en otra, ventanales amplios a la derecha y al fondo, la cocina, donde nos sentamos en bancos, el uno frente al otro, con la barra de por medio.

Mientras tanto, la muchedumbre enloquecía en el Zócalo, dispuesta a sabotear lo que el Presidente de la República ordenara en ese momento. Pero Gala y yo éramos indiferentes a ello. Nos importábamos, únicamente, el uno al otro... y eso era todo. Las luces cálidas iluminaban el espacio y encendían los humeantes poros de la piel hasta calentar la espina dorsal. Nuestros latidos aceleraron el paso.

Abrió una botella de Uva Globo y serví en las copas. “Un día te voy a preparar una pasta Alfredo”, dijo Gala mirando las hornillas negras: metal brillando frente al crema de la pared, encima de un blanco: virgen que bañaba la estufa. Brindamos con las copas al aire y probamos el vino. Aquello fue dulce como el verano templado de un bosque donde el roble, los arces y los abedules, se vuelven grandes.

Gala notó un tablero de ajedrez en la mesa del comedor. Se levantó del banco y trajo una pieza. “¿Cómo se llama?”, me preguntó, dejándola colgar entre su pulgar y el dedo medio. “Es una Torre”, le dije. Hubo un silencio. “Representa a un guardián del castillo del Rey, o al castillo mismo”. “¿Es la esposa del Rey?”, preguntó ella. “Hay otra pieza que es la Dama del Rey”, le dije para continuar: “pero en cierto sentido, la Torre podría ser como la Reina, porque se enroca con él”.

“Lo único que sé sobre este juego es que hay que darle Jaque Mate al Rey”, me dijo ella. Asentí. “¿Solo hay dos Reyes?”, me preguntó. En este ajedrez, el tradicional, sí”, le respondí, “pero existe una versión para cuatro personas en el que el objetivo es darle Jaque Mate a los tres Reyes contrincantes”.

Luego se acercó a los libros. Los recorrió con la mirada, mientras tocaba



con una mano los lomos de los tomos. “¿De qué trata esto?”, me preguntó sacando un tratado de Econometría. “Son técnicas para medir cuantitativamente las relaciones entre variables. Sirve para predecir los efectos que tendrán ciertas políticas económicas. Todo Presidente debe tener un economista que sepa de ese tema, para no hacer las cosas a lo pendejo”, le dije riéndome. Soltó una carcajada.

“Voy al baño”, le comenté.

Al regresar, encontré a Gala desnuda, encima de un sillón de la sala. “Trae tu cámara”, me dijo. Fui por ella. Tomó un sombrero vaquero que colgaba de la pared y comenzó a posar. Cerré las cortinas e inicié los disparos. A los dos minutos, del sillón se movió al banco del piano y se recostó en él. Yo sudaba. Además, hacía tiempo que no operaba mi cámara y de pronto se me trababan los controles. A los pocos minutos comencé a dirigirla. Le pedí que se sentara en el piso de madera.

Aquello fue el canto del gallo por las mañanas. Los peces navegaban como tiburones. Sobre una ventana se posó una paloma y a unos kilómetros de ahí, en el Zócalo, el tumulto exigía sangre: un sacrificio humano específico: el extranjero sobre la plancha. La raza cósmica deseaba calmar la ira de Dios. Era como si todo lo que había sido escrito sobre este país, México, fuera una completa mentira y finalmente revelado.

Gala volvió al sillón. “Me tengo que ir”, me dijo. “¿Me vas a dejar así?”. “Te dejo mis fotos”. Comenzó a vestirse. Cuando estuvo lista, le pedí un taxi. Nos despedimos con un beso en la boca.

Regresé al departamento a admirar la belleza de Gala en las fotografías.

Quebra una Bolsa. La Deuda Soberana se vuelve impagable.

NADIE SUPO CUÁNDO OLGA DE LEÓN G.

Nació y murió en el mismo día que empezó esta historia. Ya no recuerdo con exactitud, cuándo fue. Quizás no lo recuerdo porque la narrativa llegó de muy lejos, pero no por mensaje escrito ni en forma gráfica alguna. Cayó del cielo, sorteando nubes y estrellas entre relámpagos y truenos que fueron desapareciendo entre el silencio y la soledad del viento, sordo y mudo ese día.

Fue una tarde de primavera, o un otoño de octubre, o quizá un amanecer tibio de verano, o una madrugada muy fría y seca del último invierno, cuando todavía de tu cuerpo emanaban algunos silentes arpegios, como si nada importara más que el calor de tu cuerpo aún tibio, sin enfriarse totalmente, a pesar de tu imaginaria desnudez.

Te vi llegar callado, sin más escándalo que tus ropas hechas harapos de tan viejas y usadas por tantos y tantos. Dicen, los que entonces me conocieron, que yo iba vestida de blanco, aunque el negro debía sentarme mejor. Porque rodaba aún el llanto y nada se notaría si se mojaba, como si fuese un meridiano repetido hasta el cansancio: convertido en nota completa del pautado que tú usabas en nombre del silabario y de la línea cortada en versos de octavillas, que se van mudando en cuartetos sin metro ni acento seguro y cantos de versos sin dueños.

Y fue un hecho insólito y natural su advenimiento, como eso que se conoce de siempre, pero que nadie lo ha nombrado porque lo ven con ojos ciegos que no distinguen lo blanco de lo negro, ni la esplendidez cromática de que está pintada la vida de tales seres, que deslumbran con cada paso que dan, tanto

como con las pausas que se imponen en el camino. O, tal vez, es el destino envidioso y celoso quien los persigue para ver si se mueren por sí mismos, o dejan de brillar, porque su luz los abandona.

Ni lo uno ni lo otro sucede, que esos seres no son de materia moldeable: nada los afecta; están hechos de una sola pieza y no saben mirar hacia atrás.

Se fue tarareando la última pieza que compuso y viendo hacia el horizonte, como si fuese una pizarra enorme; seguía en silencio la letra que le escribió la vida dedicada a su memoria y a esa su historia sin fin y sin comienzo, como suelen ser las historias de los seres etéreos que se ganaron el nombre, innombrable por inalcanzable, de hombre con traje hecho tirones a base de jalones del sino y calzado impecablemente blanco, como el alma de un niño.

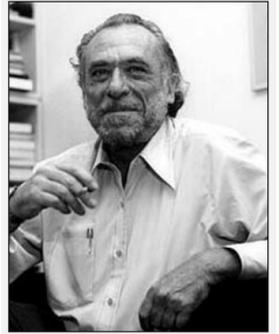
Yo te vi nacer, yo te transformé en ejemplo, cuando tú quisiste ser tan solo mi alumno... No sé por qué, pero lo fuiste tú y lo fui yo. Mi última máxima, si te interesa tómalas, si no, olvida que fue escrita algún día: “Sigue la ruta del camino que la música te muestra y juega los juegos que te impongan retos, no los que son para cualquiera, sino solo aquellos que casi nadie prefiere, por difíciles y, quizás, hasta aburridos. Mas, segura estoy de que no serán así, cuando descubras el meollo de la vida y entiendas que no tienes por qué pretender juntar meridianos con paralelas. Si, en cambio, podrás componer arpegios que aunque parecen tan simples, suenan, ¡a cielo y tierra juntos!

Los hombres y mujeres sabios, nadie sabe cuándo nacen ni cuándo mueren; pero, los trasciende su legado: ¡una joya para la humanidad!

¡QUE NUNCA SUCEDA!
OLGA DE LEÓN G.

Cómo quisiera ser luciérnaga para alumbrarte en la oscuridad. Y caminar siempre a tu lado, sin extraviarme en el trayecto. Cómo quisiera que tú fueras mi guía, cuando de mis ojos ya no salga la luz del día.

*... Y, mis pies se tropiecen con las piedras del camino. Cómo quisiera que nunca me olvidés. Mas ruego: yo no me olvide de ti, cuando de mi propio nombre, o del tuyo, me acuerde ya. Hijo, hija, de mi alma y mi corazón, Si naciste de mí, recuérdame cuando yo todavía te arrullaba y te cantaba canciones de cuna, las que inventaba solo para ti, citando el color de tus zapatitos y pintando de rosa el vestido... O captando tus secretos anhelos: "... muchos pasteles, nomás para él". Cuando yo esperaba que eligieras: Al que "...soñaba con trabajar, para ayudar, a su pobre mamá". No me olviden, mi niño ni mi niña, en un oscuro rincón de la ciudad. Ni me callen, ¡cuando hablo por hablar!
...que todavía tengo vida, aunque, ya no me asista la razón.*



Charles Bukowski

(Andernach, 1920 - San Pedro, California, 1994) Escritor estadounidense. En la línea del anticonformismo californiano de la generación beat y utilizando un lenguaje agresivo y una temática marginal, a menudo obscena o violenta, elaboró una obra singular, entre cuyos títulos destacan El cartero (1971), Escritos de un viejo indecente (1969), Ordinaria locura (1976) y Música de cañerías (1983).

Hijo de un oficial norteamericano y de una alemana, su familia se trasladó a Estados Unidos cuando tenía tres años. Estudió periodismo mientras trabajaba en varios oficios, desde lavaplatos hasta aparecachoques, pero no llegó a graduarse y llevó una vida dispersa, entregada al alcohol y a un vagabundeo sin rumbo. De aquella época son sus primeros poemas y también algunos cuentos, que publicaría a partir de 1940.

En 1956 comenzó a trabajar en el servicio de correos, lugar que le serviría de inspiración para su primera novela, El cartero (1971), que protagoniza por primera vez Henry Chinasky, un alter ego destinado a reaparecer en todos sus trabajos posteriores, excepto en la novela Pulp, publicada póstumamente en 1994.

En sus obras retrató toda una galería de personajes estrafalarios y marginales: prostitutas, alcohólicos, vagos, buscavidas, jugadores arruinados y bravucones que circulan como sonámbulos o pícaros por una ciudad que los rechaza. Varios títulos de sus obras hablan por sí solos de sus líneas argumentales: Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones (1972) o Escritos de un viejo indecente (1969).

Sus relatos breves, como sus poemas, están escritos en un lenguaje directo, funcional, que cuenta ágilmente una historia con un final por lo general subido de tono y con una atmósfera una vez sórdida y otras atravesada por la comicidad y el habla coloquial más descarnada.

De sus recopilaciones de relatos destaca Música de cañerías (1983); las treinta y cuatro narraciones de que consta el volumen ofrecen al lector un sórdido recorrido por la vida nocturna de Los Ángeles. Personajes marcados por todo tipo de fracasos se cruzan durante unos minutos en una habitación, un bar o una esquina para compartir soledad y alcohol. El tono general es de un humor grotesco, y el estilo narrativo resulta siempre muy económico, espontáneo y directo. Muchos de los personajes esbozados son artistas y escritores de escaso éxito hasta el momento, entre los que destaca de nuevo su alter ego, Henry Chinaski, cínico intelectual y amante incansable que protagoniza varias de las narraciones.

El elemento autobiográfico es en el fondo el aglutinador del conjunto de la obra de Bukowski, quien se empeña en magnificar, incluso con recursos cómicos, su condición de bebedor y mujeriego empedernido, de habitante de submundos relacionados con sus numerosos empleos y ambientes deportivos como el de las carreras de caballos, el boxeo o el béisbol.

La obra de Charles Bukowski recibió tantas críticas negativas como positivas. Se le acusó de practicar un estilo soez como mero exhibicionismo literario y de reiterar sus obsesiones de modo efectista. Otros críticos, en cambio, realzaron su autenticidad y su condición de escritor maldito. El “fenómeno Bukowski” irrumpió en Europa con grandes triunfos editoriales, pero permaneció prácticamente ignorado por los críticos y los lectores de su país. De hecho, el Bukowski poeta (a menudo convocado para lecturas de versos en las universidades norteamericanas) gozó de mayor popularidad en Estados Unidos que el escritor, al contrario de lo que ocurrió en el viejo continente.

ad pédem literae

Hay algo peor que la muerte, peor que el sufrimiento... y es cuando uno pierde el amor propio

Sándor Márai

Letras de buen humor

Los perros tienen pulgas, las personas tienen problemas.

Charles Bukowski

Mónica Lavín

Mick Jagger y los Oscars

¿Por qué nos produjo una grata sorpresa que Jagger fuera uno de los invitados a entregar premios en la ceremonia de los Oscars? ¿o estaré hablando por mí? A juzgar por lo que algunos comentaristas luego reprocharon, que si la canción que debería haber ganado era la de Elton John porque qué tal la reunión de Jagger y John ahí en el escenario. Histórica, dijeron. El aplauso con que fue recibido su satánica majestad me confirmó no estar sola en mi alegría. Lo he constatado cuando he asistido a los conciertos de los Rolling Stones en México. A todos. No estoy sola en la devoción a las Piedras Rodantes, en el tributo popular a Mick Jagger, a Keith Richards, a Charlie Watts que se nos fue, o a Ronnie Wood.

El desparpajado Mick apareció de repente con esa delgadez, caderas muy estrechas y un torso largo como el pelo enmarcando su rostro rudo y cálido. Sexy. Jagger y su gran boca alardeando que él no era el que debía estar ahí pero que Bob Dylan quería alguien más joven y que, bueno, él era más joven que Dylan. Y todos riendo. Siempre será más joven que muchos. Y nos vuelve eternos jóvenes al resto; a la que lo descubrió en un LP importado regalo de un tío. Esa portada con efecto psicodélico: Simpatía por el diablo y la otra de cuatro rostros fuera de foco: Between the buttons. A qué canija manera de entrar en la emoción de una, en el cuerpo movido del ritmo de una, en el coraje y la arrogancia de ser joven y poseer el mundo y encontrar una identidad planetaria

en la música.

Vuelvo a leer la novela breve de Irène Némirovsky: El ardor de la sangre, el protagonista Silvio se expresa así de la condición juvenil respecto al amor: La carne se conforma con poco. Pero el corazón es insaciable; el corazón necesita amar, desprenderse, arder en cualquier fuego... Eso era lo que queríamos. Arder, consumirnos, devorar nuestros días como el fuego devora los bosques. La autora nacida en Kiev lo escribió probablemente en 1941, un año antes de su asesinato en Auschwitz. Tenía 39 años. Sus hijas encontraron el manuscrito y fue publicada postumamente. Entre otros asombros, la novela me acompaña para entender el paso del tiempo en nosotros y el regocijo de los referentes generacionales.

En una misma ceremonia, la película — una más— sobre Bob Dylan que nunca se acaba y cuya canción dio nombre al grupo de Jagger, la actriz que representó a Joan Baez nominada, pisamos una época de la que fuimos testigos recién despuntando adolescencia. Al mismo tiempo que en la escena urbana surgían las peñas, la quena y la música de protesta de los países americanos, el rock en inglés y algunos destellos del rock en español como el Three souls in my mind que luego abrazó su afortunado apodo en español El Tri, llegaban para quedarse. Para volverse clásicos. Entonces y ahora me sentía más representada por la rebeldía de ser joven y tener una voz que por la canción de protesta con su demanda de justicia, que era justa y necesaria. Pero



no me pongo solemne porque me aburre como lo hacen quienes creen poseer la verdad, denostar a los que no piensan como ellos y entonces me da por pensar que el rock, más emocional, libre y sensual, con su rodilla bien puesta en el blues, se alimenta de los goces y dolores de la vida y crea identidad. No tiene mensaje. La novela de Némirovsky tampoco, la historia de su vida sí. Un oprobio histórico, una atrocidad de magnitudes innombrables que nos devuelve la cara más oscura del proceder humano.

Jagger es el espíritu de una época. Cuando pensábamos que el mundo necesariamente sería mejor, que la tolerancia, la inclusión, el respeto a la diferencia, ser y

permitir ser al otro, dialogar, la libertad sobre nuestro cuerpo y maternidad era el puerto al que había que llegar. Se acabarían las guerras, las dictaduras, la pobreza, la desigualdad, la inequidad. ¿Recuerdan? Las mujeres y los hombres seríamos compañeros. Ellas, nosotras, no seríamos objetos y menos cadáveres.

Románticos empedernidos escuchamos As tears go by, compuesta por Jagger y Richards para que la cantara Marianne Faithful (fallecida hace muy poco), conmovidos por la inocencia infantil que se topará con un mundo incierto. Ver a Mick Jagger refrescó la piel joven del entusiasmo desconcertada en estos tiempos insospechados.